



EL CORREO DE LA MODA

DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 16. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Abril 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por doña Joaquina Balmaseda. — Bordado para cigarrera. — Diferentes flores de pluma. — Tapete para mesa. — Pintura en cristal. — Cenefa de frivolidé para pañuelos. — Medallón de encaje. — Medallón de frivolidé. — Canastilla de raso y encaje. — Pañuelo adornado de frivolidé. — Pañuelo adornado de encaje. — Sombrero con pluma. — Sombrero con flores. — Cuello-corbata de encaje irlandés.

Zapatilla y media de crochet para el campo. — Cenefas de aplicacion para portieres y sillerías. — LITERATURA: El suspiro del Moro, poesia, por Pilar Cavia. — A ella, por V. Regules y Bravo. — De la sociedad con yugal, por Nicolás Díaz Perez. — Lágrimas, por Francisco Guerrero García. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Revista quincenal, por Bernardo Aparicio. — Variedades. — Explicacion del figurin

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. BORDADO PARA CIGARRERA.

Bórdase este objeto, que es muy apropiado para un cazador, porque en él van representados todos los atributos de la caza, en cabritilla, en faya ó cachemir, con cordón de seda del mismo color, y el centro, ó sean los atributos de la caza, con torzal de tono más claro que el fondo: la correa de la escopeta, el cordón de la bolsa de malla y el de el cartucho de la pólvora, se hacen con cordón de oro, que se emplea así mismo para el fleco de la bolsa.

2. TAPETE DE MESA.

Bordado de aplicacion.

Es de muy buen efecto, pudiéndose variar los colores á gusto de cada uno.

Materiales: Paño grana en una tira que tenga 118 y 124 centímetros de larga por 46 de ancha, recortes de paño blanco y gris, torzal grana, blanco, gris y negro, hilo y soutache de oro.

El fondo puede ser de reps ó paño del color que se quiera, y solo las dos cabeceras que descienden por los lados van bordadas: las aplicaciones de paño que figuran arabescos y la cenefa á picos, son en paño ó terciopelo de dos tonos, uno de ellos correspondiendo al del fondo: el ramo va bordado al pasado con seda gris, así como la mitad del arabesco que adorna la punta del centro. Las aplicaciones blancas llevan estrellas grana, y el otro color que corresponde al del fondo las lleva blancas ó gris. Dos órdenes de guarnicion picada adornan los picos, que se completan con borlas de seda. Todo el tapete va forrado de seda ó percalina inglesa.

3 Á 9. FLORES DE PLUMA.

Materiales: Pluma de gallo y pato de la India, hilo amarillo, sémola, goma líquida, tiras de papel de seda para los tallos: para la pintura de las plumas, una caja de colores.

3 Á 6. — **Claveles.** — Algunos filamentos de pluma blanca, unos ligeramente rizados, otros sumergidos en café molido; van rodeados á un alambre para formar el centro ó estambres del clavel: para cada clavel se necesitan 10 ó 12 pétalos de tamaños graduados, representados en los números 4 y 5, cada uno mostrando otros dos más chicos en la desigualdad de color: despues de teñir estos pétalos rosa ó grana, se recortan los picos con tijera fina y se rodean al tallo en órdenes de tres, cinco, siete pétalos, y así sucesivamente, fijando despues del último orden el disco ó tallo, compuesto de algodón en rama y papel de seda verde, colocando despues dos pétalos verdes ántes de rodear las hojas que se hacen con largos fila-

mentos de pluma. Los dos modelos de clavel representados en el núm. 4, se hacen con plumas de pato, y el chino se diferencia en que son de gallo de la India, en el corte de sus pétalos que muestra el núm. 6, y en ser blanco salpicado de carmin. (Los colores para la pluma deben ser desleídos en espíritu de vino y empaparse muy poco el pincel). La hoja erizada del clavel núm. 3 se hace rodeando la pluma á un alambre, en el que se tiene algunas horas, y luego se deslíe.

7 Á 9. ROSA DOBLE.

Hácese con plumas de gallo, porque estas toman mejor el color rosa fuerte: despues de cortar los pétalos, cada uno con su tallo, y por los diferentes tamaños que muestra el núm. 8, se les pinta, y para que tomen mejor la pintura se dejan 24 horas en ella, que estará desleída en un vaso de agua con algunas gotas de espíritu de vino. Las semillas se hacen con cabos de hilo amarillo engomados y pasadas las puntas por sémola, y á ellos se enlazan algunos filamentos de pluma ántes de colocar los tres primeros pétalos: siguen 8 mayores muy unidos á los anteriores, mientras para los siguientes, que se colocan en órdenes contrariadas, se deja libre un centímetro del tallo para que parezca más esponjada y ligera la flor. El número de pétalos le determina el tamaño que quiera darse á la rosa: nuestro modelo tiene 3 pétalos de los primeros, 8 de los segundos, 8, 16 y 8 de los mayores. Complétase la rosa con 5 barbas verdes como la del núm. 9, y un disco de cera al rededor de la rosa. Para el follaje servirá de guia el mismo grabado núm. 7.

10. PINTURA EN CRISTAL.

Imitacion de nácar.

Este elegante modelo de madera esculpida, muestra como adorno, arabescos de cristal, de cuyo trabajo ya nos hemos ocupado en números anteriores de este mismo

año. El número 10 muestra de tamaño natural la mitad de una caja de pañuelos ó un pupitre: la placa, de cristal incrustada en la madera, tiene 23 cents. de largo por 19 de ancho, y la pintura va ejecutada en ella con negro y blanco de albayalde. La imitacion de nácar se hace debajo de este blanco trasparente con papeles de variados colores.

11 Á 14. PAÑUELO ADORNADO DE FRIVOLIDÉ.

Para hacer más comprensible esta labor, la presentamos cada motivo de la cenefa por separado, y luego concluido el pañuelo en los núms. 12 y 13. El fondo es un cuadro de batista de 30 cents. en cuadro. Para el frivolidé se emplea hilo núm. 100, y el núm. 11 muestra la rosa de las puntas con la cenefa, que se continúa á los lados.

La rosa se comienza por el centro con * un óvalo de 8 dobles nudos y 3 picots, siguiendo dos óvalos cada uno de 7 dobles nudos, un picot, 6 dobles nudos, un picot, 5 dobles nudos, un picot, 5 dobles nudos, un picot, 6 dobles nudos, un picot y 7 dobles nudos: se repite 7 veces desde la señal. * Todos los óvalos se enlazan por sus picots y se corta el hilo. La vuelta siguiente comienza por 3 óvalos muy juntos, el primero tiene 6 dobles nudos, un picot, 3 dobles nudos, un picot y 3 dobles nudos: para el segundo óvalo se hacen 3 dobles nudos, un picot para unirle al de al lado, 3 dobles nudos, un picot para unir esta vuelta al centro de la rosa y 3 dobles nudos, un picot y 3 dobles nudos: el tercer óvalo cuenta 3 dobles nudos, un picot para unirle al de al lado, 3 dobles nudos, un picot y 6 dobles nudos: sigue inmediatamente á este un óvalo grande de * 12 dobles nudos, 11 picots separados entre sí por 2 dobles nudos y 12 dobles nudos. Para comenzar el óvalo siguiente se conduce el hilo por debajo de la labor para sujetarle al centro del óvalo siguiente y se repite desde la señal. * Despues de ejecutar dos veces seguidas los 3 óvalos reunidos y el grande, se coloca otro grande aislado, para que á los 16 grupos de tres óvalos correspondan 24 óvalos grandes (véase el número 11). El encaje, que se continúa á los dos lados de la rosa, lleva pequeños cuadros de cuatro óvalos y cada óvalo de 12 dobles nudos con 3 picots colocados á distancias iguales: estos se unen por un picot más largo por un lado á la rosa y por el otro á la palma ó motivo mayor: esta palma ó pirámide se comienza por 3 óvalos, cada uno de 6 dobles nudos, un picot, 6 dobles nudos, 9 picots separados por 2 dobles nudos, 6 dobles nudos, un picot y 6 dobles nudos: siguen un nudo Josefina, 2 óvalos, cada uno de 5 dobles nudos, un picot para



4. Bordado para cigarrera.

enlace, 9 dobles nudos, un picot, 5 dobles nudos, un picot y 9 dobles nudos. Los dos óvalos siguientes precedidos de otro nudo Josefina, tienen cada uno 4 dobles nudos, un picot, 8 dobles nudos, un picot, 4 dobles nudos, un picot y 3 dobles nudos. Siguen otro nudo Josefina y otros dos óvalos más pequeños, terminando el motivo un cuadro ó pequeña rosa de hojas. El pié del encaje muestra alternados óvalos grandes y pequeños, los primeros de 16 dobles nudos con 5 picots, los segundos de 8 con 3 picots. La union del encaje al pañuelo es por medio de un feston; y el medallon núm. 14, unido también por feston á la batista, se compone de 5 óvalos, cada uno de 9 dobles nudos, un picot, 3 dobles nudos, un picot, y 9 dobles nudos. Sigue un óvalo de 4 dobles nudos con un picot en el centro, alternando tres veces con un óvalo grande: siguen 5 grandes óvalos, y para la union á los tres primeros uno pequeño, uno grande, uno pequeño, uno grande, uno pequeño y otro grande óvalo, concluyendo este el motivo del centro y terminando el medallon 16 grupos de 3 pequeños óvalos y 22 de los más grandes, unos y otros como los de la rosa núm. 11.

15. MEDALLON DE ENCAJE IRLANDÉS.

Al rededor de un óvalo de muselina decorado con un bordado ligero, se hace un feston, al que sigue la linda cenefa de encaje irlandés, cuya ejecucion es ya sumamente conocida. Este medallon puede servir para adornar una corbata ó para un pañuelo. En donde se cruzan las trencillas para formar las ondas, se sujetan con algunas puntadas invisibles, llenándose los huecos con diferentes calados. La cenefa termina con festones hechos á punto de Venecia.

16. CANASTILLA ADORNADA DE ENCAJE IRLANDÉS.

La montura es de junco negro. Se empieza adaptando á la parte interior un forro que sirve de bolsa, y para la cual se necesitan dos semicírculos de tela de 27 cents. de largo por 10 de altura en el centro cada uno. Forro y bolsa cierran por arriba con una jareta de 9 cents. de altura, que se fija al borde por la parte de adentro, y son de raso color de rosa.

El adorno exterior consiste en un lambrequin de encaje irlandés, para el cual podría servir asimismo el ángulo para pañuelo que representa el grabado 17. Las ruche y los lazos son de cinta de raso color de rosa de 3 centímetros de ancho.

17. ANGULO PARA PAÑUELO.

Encaje irlandés.

Este modelo ofrece una nueva combinacion del encaje irlandés, muy útil cuando se necesita mucho para guarnecer un traje ó un fichú, pues hecho sobre tul se trabaja más fácilmente y más de prisa.

Si hilvana el tul sobre el papel, en el cual se hallan trazados los contornos del dibujo, y luego se va fijando la trencilla más estrecha, siguiendo los contornos de las flores y las hojas, así como de la cenefa exterior. Para los troncos y los pámpanos se arrolla la misma trencilla ántes de fijarla sobre el fondo (véase el grabado). La trencilla más ancha se emplea para el borde interior y para el entredós calado, que se forma con dos trencillas unidas entre sí por barretas festonadas. Para que la labor resulte sólida hay que apuntar fuertemente las trencillas con puntadas invisibles y con hilo muy fino. Allí donde requiere calados, se corta el tul ántes de poner la trencilla, á fin de poder replegarlo hácia adentro como se hace en el bordado á la inglesa. El borde exterior termina con picots tejidos.

El encaje se une al pañuelo de batista, bien á feston ó bien pegándolo á un dobladillo hecho por el revés.

18 y 19. CUELLO Y CORBATA DE ENCAJE IRLANDÉS.

El cuello, de finísima batista, tiene las puntas vueltas con dobladillos hechos á pespunte y guarnecidas de encaje irlandés hecho con trencilla de dos gruesos diferentes, y con la cual se puede adornar asimismo la parte de atrás del cuello. Nuestro modelo se completa con una ruche de muselina hilvanada en la parte interior. Es de muy buen gusto guarnecer la corbata con el mismo encaje que el cuello, como muestra nuestro grabado. La corbata es de crespon de China azul claro y rosa fuerte. El grabado 18 da de tamaño natural esta preciosa puntilla é indica claramente su ejecucion.

20. SOMBRERO CON PLUMA.

Es de reps gris acero, con adornos de reps acero, orillados de terciopelo de tono más oscuro, sujetos con grandes hebillas de acero, y adornado con bandas de lo mismo, orilladas á ambos lados con terciopelos de tono mucho más oscuro ó de otro color que haga juego. Estas

bandas miden 5 cents. de ancho, y la que rodea el borde levanta un centímetro. Grandes hebillas de acero sujetan este adorno, que se completa con dos magníficas plumas grises matizadas con los colores del reps y el terciopelo. Bidas de cinta de reps de 8 centímetros de ancho.

21. SOMBRERO CON FLORES.

Es también de reps con ala levantada todo alrededor y adornado con un ruló de terciopelo ó del mismo reps. Un encaje negro de 8 cents. de altura y grupos de capullos de rosa y violetas, que se completan con una cascada de cinta que descende sobre la espalda, constituyen el adorno de la copa.

Anchas bridas de cinta de reps y una ruche de encaje en la parte interior, oculto el pié con un biés de reps ó terciopelo.

22. PUNTA DE CORBATA.—BORDADO EN BLANCO.

Es de muselina, con el centro de tul y sobrepuestos encima de este las flores y los capullos bordados á feston y cordoncillo. Es una combinacion lindísima y que produce un efecto delicioso.

23. MANGUITO DE PUNTO.

Muchas son las personas que en este tiempo abandonan las ciudades populosas para ir á gozar de las brisas primaverales en el campo; pero allí las noches y las alboradas son todavía muy frescas; cobardía fuera privarse de los placeres que ofrecen las correrías por los prados esmaltados de flores, é imprudencia desafiar el aire frío sin las precauciones convenientes. A estas personas, pues, están destinados los objetos que representan los grabados 23, 24 y 25.

Para el manguito grab. 23 se necesitan 20 gramos de lana céfiro (para el par) de dos colores que corten, 4 botones de fantasía, 50 cents. de cinta de terciopelo negro.

El manguito se trabaja á lo largo, yendo y viniendo con las dos lanas de distintos colores. Las rayas blancas al derecho, las grises al revés, y por lo tanto estas últimas parecen de relieve.

Se montan 60 puntos con la lana blanca, y se ejecuta como sigue *. La 1.^a y 3.^a vuelta al derecho, la 2.^a y 4.^a al revés. Se toma la hebra de lana gris y se hacen la 5.^a, la 6.^a y la 8.^a vuel. al derecho, y la 7.^a al revés. Se vuelve á la señal. Despues de la 7.^a raya blanca, se hace una nesguilla para ensanchar el borde superior, lo cual se consigue dejando los últimos 2 pto. del borde de delante sobre la aguja mientras se hacen la 3.^a y 4.^a vuelta de las 7 rayas siguientes (tanto las blancas como las grises), despues de lo cual se vuelve la labor para empezar la nueva vuelta. Se termina la nesga durante las seis rayas siguientes, comprendiendo los puntos que se han dejado atrás en las vueltas 1.^a y 3.^a La puntilla de crochet que adorna ambos bordes es de lana blanca. En la primera vuelta alternan 2 bridas y 4 pto. en el aire; en la segunda se repiten sin interrupcion un pto. d. entre las 2 bridas, 5 pto. en el aire y un pto. d. en el segundo pto. en el aire y un pto. en el aire. Dos botones blancos y dos lacitos de terciopelo negro completan el adorno.

22. ZAPATILLA DE PUNTO.

Para el par, 18 gramos de lana que sea muy flexible, agujas de acero de tamaño regular.

Tiene la forma de un zapato escotado, y así no se cae del pié con facilidad. Se empieza por el talon con 22 puntos: despues de 32 vueltas hechas yendo y viniendo, que forman á cada lado 16 pto. de costura ó borde, se toman los 10 del centro para hacer el talon inglés, como si se tratase de una media. Terminado este se cogen los puntos de las orillas, y se prosiguen haciendo 76 vueltas yendo y viniendo. Al empezar y concluir cada segunda vuelta se mengua un pto. despues del primero y ántes del último punto, esto es, se mengua 8 veces á cada lado durante las 16 vueltas; las otras 60 vueltas se trabajan sin menguar ni crecer. Cuando el borde lateral cuenta 38 pto., se montan otros 24, se juntan y se distribuyen sobre 4 agujas para trabajar en círculo y al derecho. Despues de las primeras 6 vuel. se empiezan los menguados como para la punta de un pié de media, y se termina del mismo modo.

Concluida la zapatilla se la rodea con un borde que consiste en 2 pto. al derecho y dos al revés, para el cual se cogen los pto. de la orilla y se hacen 8 vuel., despues de lo cual se sobrecargan los pto.

25. MEDIA DE CROCHET.

Materiales: para el par 100 gramos de lana de hacer media.

Se hace á crochet tunecino y á lo ancho yendo y viniendo. Por lo tanto, tendrá la costura atrás en la pierna y debajo de la planta en el pié.

Se montan 56 puntos en el aire para que la media tenga de arriba de 29 á 30 cents. de ancho, y solo se empieza á menguar despues de las 8 primeras vueltas; entonces se mengua á cada vuelta al ir, despues del primer punto y ántes del último. Se hacen 7 vueltas entre los segundos y los terceros menguados, y luego otros 5 en el intervalo, de cada vez 5 vueltas. Obtenido el largo necesario de la pierna se ejecutan todavía 12 vueltas despues del último menguado. Terminada la pierna se unen los bordes laterales por el revés con puntos dobles, juntando cada vez dos puntos enfrente el uno del otro. Se pone otra hebra para empezar el talon, que mide 12 puntos de largo, y para el cual se cuentan 10 puntos á cada lado de la costura. A la décima tercera vuelta se empieza el pequeño talon inglés, que se obtiene reuniendo durante la vuelta al ir 15 puntos sobre la aguja, mientras que solo se sobrecargan 10 al volver. Luego, al finalizar cada vuelta, al ir y al volver, se toma el punto más próximo del talon grande hasta que se concluyen. Entonces se corta el hilo y se remata para empezar de nuevo en el centro del talon pequeño. Como para una media cualquiera, la vuelta que sigue toma los puntos que se han dejado atrás y se hace el pié también yendo y viniendo: los menguados para este se hacen á ambos lados del talon y se repiten 11 á cada segunda vuelta. Luego 9 vueltas ántes de empezar los menguados de la punta, y concluidas estas se divide la labor en 4 partes y se mengua en cada una: esto es, 3 veces con un intervalo de una vuelta y despues á cada vuelta hasta que no queden más que 4 puntos que se cierran. La costura de la planta del pié se une como la de la pierna. Esta lleva por arriba un borde hecho de punto de aguja y que consiste en 2 puntos del derecho y del revés, despues de lo cual se sobrecarga.

26. CENEFAS DE APLICACION PARA PORTIERS Y SILLERÍAS.

Puede ejecutarse igualmente sobre fondo de paño ó reps, eligiéndose para las aplicaciones raso, terciopelo ó paño de tono más claro ó más oscuro que el del fondo. Se fijan las aplicaciones con algunas puntadas, y se ejecutan los bordados á cadeneta con cordoncillo de seda negra y tres tonos distintos del color del fondo.

JOAQUINA BALMASADA.

EL SUSPIRO DEL MORO.

DEDICADO Á MI QUERIDA AMIGA PILAR SAMPAYO, HIJA DE GRANADA.

Era una noche apacible
De Abril, fresca y perfumada,
Noche tranquila y serena
Que envuelve en sus negras alas
Los jardines encantados,
Las callejuelas y plazas
De la bella entre las bellas,
De la morisca Granada.
¡Cuán brilla en el firmamento
Con su luz fulgente y pálida
Esa diosa del silencio,
Bellísima, pura y casta,
De su corte de luceros
Y de estrellas rodeada!
¡Y cuán gimen voluptuosas
De perfumes mil cargadas
Entre rosales y adelfas
Las ligeras suaves áuras!
¡Y cómo los ruiseñores
Ocultos en la enramada
Modulan ardientes notas
Que magnetizan y arrastran,
Pues ora son melancólicas,
Ora son apasionadas!
Mas... ¡oid! ¡Quién el reposo
De la noche así quebranta?
¡No veis por aquella senda
Un blanco bulto que avanza
Montado en negro corcel,
Que chispas del suelo arranca
En su carrera veloz,
En su carrera fantástica?
Quién será, quién, el ginete?
Mas callemos: él se para.
Chispeantes son sus ojos,
Poblada su negra barba,
Enérgico es su entrecejo
Y terrible es su mirada...
Negros y espesos los rizos
Son que del turbante escapan,
Y flota su blanco jaique
Al capricho de las auras,
Dejando entrever á veces

Su alfange y morisca daga
De buena hoja damasquina
Y empuñadura cuajada
De preciosos arabescos
Y rubíes y esmeraldas.
Ved cuál refleja la luna
En su hermosa faz tostada,
Que revela dolor cruel
Haciendo brillar dos lágrimas
Que se escapan de su ojos
Humedeciendo su barba...
Contrae sus delgados lábios
Sonrisa triste y amarga,
Cruza los brazos nervudos,
Pone en el suelo la planta,
Y contempla sollozando
La ya cristiana Granada...
La mira, la mira y llora,
Llora... mas vuelve á mirarla,
Y con voz fuerte y robusta,
Pero que el dolor embarga,
Dice el misterioso moro
Con ternura estas palabras:

¡Granada, huri de Mahoma,
Blanca perla, flor fragante,
Fulgente estrella radiante,
Jamás te podré olvidar:
Que son tantos tus hechizos,
Que es tan grande tu hermosura,
Que al dejarte, la amargura
Me atormenta sin cesar.

¡Y quién no admira tu cielo
Siempre azul y trasparente,
Donde brilla refulgente
Y radioso siempre el sol?
¡Y quién no admira tus noches
Siempre bordadas de estrellas,
Y quién no tus albas bellas
De oro, nácar y arrebol?

Ya no veré más, hermosa,
Tus cármes hechiceros
De naranjos, limoneros
De perfume embriagador:
No respiraré tus brisas
Ligeras y perfumadas,
No oiré en tus enramadas
Los trinos del ruiseñor...

No te veré más, mi Alhambra,
Cuyas salas encantadas
Fueron hechas por las hadas
Con sus manos de jazmin...
No te veré más, mi hermosa,
Do leves se deslizaron
Los días que se alejaron,
Y en que tan dichoso fui...

Adios, floridos jardines,
Deleitosos, perfumados,
Bosquecillos encantados
De rosas y de azahar...
Adios, claras fuentejillas
De alabastro y de corales
En cuyos limpios cristales
Gime la brisa al pasar...

Adios también, claro espejo
De mi Granada hechicera,
Oye mi queja postrera,
Rauda y sereno Genil:
Díle á la hermosa Moráyma,
A la bella entre las bellas,
Las tristísimas querellas
Y el amor de su Boabdil...

Leves céfiros suaves,
Cuando refresqueis su frente,
Decidle mi amor ardiente
A la hija de Ali-Athár:
Contadle en blando ruido
La desgarradora pena
Que de pesares me llena
Al tenerla que dejar...

¡Adios, adios, oh, Granada,
Paraíso de la tierra,
La hermosura en tí se encierra
Y el deleite y el placer!
¡Adios, sultana bellísima,
Ya por la cruz dominada!
¡Adios, adios, oh, Granada,
Ya no te volveré á ver!...

Y apenas con ténue acento
Dijo el moro estas palabras,
Cuando subiendo al caballo
El acicate le clava,
Despareciendo de pronto
Por la vega perfumada;
Y asemejase á lo léjos
Aparición sobrehumana
Montada en alado grifo,
Pues cual si tuviera alas
Galopa el fogoso bruto
En que Boabdil cabalga,
Y en tanto se ve tranquila
Allá... casi en lontananza,
La hermosa entre las hermosas,
La encantadora Granada;
Y brilla la blanca luna
Y gime aromosa el aura,
Y susurra la corriente
Del Genil, donde retrata
Su faz la árabe doncella
Con denuedo conquistada
Por Castilla y Aragón,
No para hacerla su esclava
Mas para darle el dictado
De querida y tierna hermana,
Y el premio de la hermosura,
De la virtud y las gracias.

PILAR DE CÁVIA.

A ELLA.

Cansado y sin rumbo cierto,
presa de insufrible sed,
cruza un árabe el desierto
llano, ardiente, inmenso y yerto
donde nadie halló merced.

Y yo cruzo ciego y loco
tras una ilusión fugaz,
sér que en mis sueños evoco,
desierta vida, y no toco
del alma la dulce paz.

Él en las rocas aisladas
por la tormenta bañadas
en tropicales torrentes,
bebió las gotas hirvientes
y turbias y emponzoñadas.

Y yo en mi error de que abjuro,
perdidas calma y razón,
bebí con febril pasión
las gotas del filtro impuro
que abrasó mi corazón.

Más él al fin, oh, ventura!
logró traspasar con vida
la extensa mortal llanura;
y entre flores escondida
la fuente á sus piés murmura.

Y á mí también, niña hermosa,
de mirada angelical,
me ofrece de paz dichosa
inagotable caudal
tu alma pura y candorosa.

Por eso, arcángel, mujer,
hada ó génio por quien voy
regenerando mi sér,
yo pido á tus plantas hoy
perdon de mi error de ayer.

V. REGULEZ Y BRAVO.

DE LA SOCIEDAD CONYUGAL.

(Fragmentos traducidos del P. Jacinto).

El amor! hé aquí el nombre que se ha de tener el valor
de pronunciar cuando quiera expresarse la esencia de la
sociedad conyugal, su principio y sus leyes más íntimas.
—Sé muy bien que este nombre se halla expuesto á la
mofa del escepticismo que no conoce nada más quiméri-
co, despues de Dios, que el amor; también sé, sobre todo,
—oh, dolor acerbo!—que involuntariamente despierta en
la imaginación el recuerdo de abusos innumerables y de
incomparables profanaciones.—Mas, qué importan los
abusos! qué importan las torpezas del pecador! Gracias á
Dios, mi corazón ha permanecido puro, mi razón se ha
conservado sana, y yo, predicador del Evangelio, maes-
tro de la razón y del corazón del hombre, tengo el dere-
cho, tengo el deber de nombrar el amor!—Sí, el amor!
Y si se pervierten las costumbres, si está minada la fa-
milia, si la sociedad doméstica se extingue y se inclina
como un ruinoso edificio, es porque se han olvidado de
colocar en los cimientos de la casa, el amor de dos seres
que se aman el uno por el otro en el honor, en el res-
peto, en la santidad.

Dejad que yo abra mi viejo libro, mi Biblia—yo soy
el hombre de la Biblia, no me ruborizo por ello ante este
siglo,—abro la Biblia en su primera página, página vir-
ginal,—el pecado aun no existía,—toda llena del amor y
de la sociedad conyugal. No os canseis, ya os he condu-
cido á esa cuna de nuestra raza que se llama Eden; voy
á llevaros á ella hoy de nuevo. No lo hago, creedme, por
un capricho de mi imaginación ó por un arrebato de mi
corazón, sino por la convicción meditada de que allí se
encuentran los secretos de la humanidad; yo creo que
las soluciones finales han sido depositadas por Dios en
los principios primordiales.—Vuelvo, pues, al Eden!
vuelvo á él durante el primer día del mundo, cuando
Dios constituyó en aquel sitio la sociedad conyugal.—
Este es el primer día del mundo humanitario.—Ya ha-
bían existido otros días—siglos tal vez—las épocas del
Génesis; pero en fin, entonces el mundo humano empe-
zaba con toda la frescura de su aurora. ¡Oh, qué frescas
son esas brisas que pasan sobre todas las cosas! ¡Qué
pura y resplandeciente es esa luz que alumbró el paraíso
terrenal, la morada de los castos placeres, el Eden! Ved
al hombre que se acerca, el que ha llegado el último en-
tre los de esa larga serie de seres que reasume en sí mis-
mo y sobre los cuales impera... ¡salve, hombre, rey de la
creación, sublime Adam, padre del género humano! El
ha ojeado la vida en su escala inmensa, en todos los gra-
dos del sér; su mirada la ha penetrado hasta las entra-
ñas, y su palabra ha expresado sus secretos... *appellavit
nominibus suis*... Su lengua es rica, su inteligencia es
luminosa, pero su corazón permanece frío: "*Adæ vero
non inveniebatur adjutor, similis ejus*." Adán no encon-
traba un auxiliar que le fuese semejante. Pues bien!...
yo no sé si sobre esa frente de Adam, majestuosa y se-
rena, se formaba alguna nube; si de un pliegue de su
corazón para él mismo aun mal conocido, se exhalaba
una queja; pero sé que Dios en su misterio decía: "*Non
est bonum hominem esse solum*..." "No es bueno para el
hombre estar solo."—Cosa extraña!—Dios hasta ahora
tan satisfecho, Dios que se había admirado en cada una
de sus obras y que había dicho: "Está muy bien. *Et di-
xit Deus quod esse bonum*!" Dios que se había admirado
en el conjunto diciendo: "Está muy bien! *Et erant valde
bona*!" Ahora, delante de su obra maestra, como un ar-
tista que ha errado su último toque, Dios se aparta y
dice: "Está mal! *non est bonum*." ¡Es malo que el hombre
esté solo!

A la obra, pues, grande artista! porque vuestra imá-
gen, vuestra semejanza aquí abajo, no puede permane-
cer inacabada: es el Dios visible de la tierra; dadle
toda su belleza y toda su majestad! Y el artista vuelve
á tomar su pincel para retocar su lienzo; empuña su cin-
cel para tallar en el mármol; Jehovah se inclina sobre
Adam, y abre su costado. Adam se había dormido, no
con un sueño vulgar sino en éxtasis, el primero y el más
sublime de todos los éxtasis. No debía permanecer tan
solo pasivo sino ser inteligente y activo, consintiendo en
sí mismo, en la luz profética, á todo lo que se estaba efec-
tuando exteriormente. Adam dormía en éxtasis, Adam
velaba en la profecía; él veía la herida que se abría en
sus carnes... aquella costilla que se arrancaba de las in-
mediaciones de su corazón, toda tibia y casta del contac-
to de aquel foco de amor y de inocencia... y veía en aque-
lla costilla el maravilloso edificio de la mujer. *Edificavit
eam in mulierem*. Dios la edificó en una mujer. Palabra
bíblica llena de admiraciones, y llena también de ense-
ñanzas... para señalar el edificio en el cual el grande ar-
quitecto ha agotado su arte, el edificio visible de ese
cuerpo en el cual resplandece la belleza suprema; el edi-
ficio invisible de esa alma donde respira la suprema bon-
dad, el edificio total de esa personalidad en la cual resi-
de la dignidad suprema. Respetad, respetad; ¡oh, todos
vosotros los que sabéis aún respetar algo aquí abajo!

Y cuando despertó, Adam ya no hablaba, cantaba!
Sus labios se abrian en la gracia y en la santidad, y de
su corazón se escapaban estas encantadoras palabras:

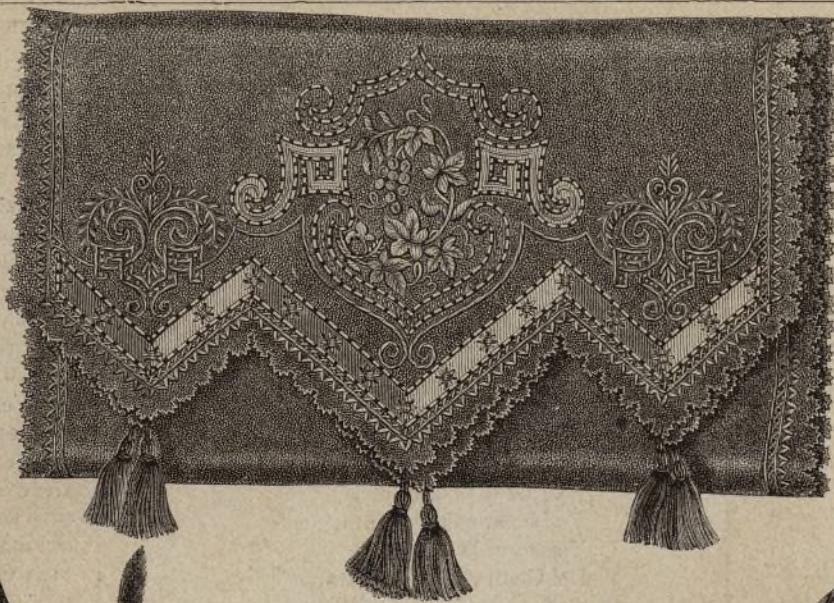
"Oh! ahora es el hueso de mis huesos y la carne de mi
carne. Ella será llamada la que viene del hombre porque
del hombre ha sido sacada; y el hombre abandonará á su
padre y á su madre para unirse á su esposa, y serán dos
en una misma carne." *Hoc nunc, etc.*

Esta es la Biblia; este es el viejo libro y la vieja sabi-
duría, la página virginal que no me ha dicho nada de la
madre y que me lo ha dicho todo de la esposa! El hom-
bre sufre á causa de su aislamiento ó cuando menos está
á punto de sufrir por él; Dios le crea una sociedad, la
mejor de todas, la sociedad conyugal. No se trata de otra
cosa en la narración sagrada. Solo despues de la caída es
cuando la mujer recibe un nombre que le es propio y que
significa la madre de los vivos: *Heva Mater cunctorum
viventium*. Hasta entonces, se llamaba con un nombre
común á ambos, y que designaba la perfecta unidad que
el amor forma entre los verdaderos esposos: "En el día

que los creó, el Señor Dios les dió por nombre Adam, esto es, hombre: *Et vocabit nomen eorum Adam in die quo creati sunt.*"

Así pues, á los ojos de la Biblia, á los de la razón y á los del corazón que hablan en la Biblia, la sociedad conyugal es una so-

razón; es el último fruto, el más rico y el más sabroso de esa gran facultad de amor, la más vasta, la más profunda, la más inagotable de cuantas existen en nosotros: verdadero árbol de vida ó de muerte según el uso que sabemos hacer de él. Es la últi-



2. Tapete de mesa.



3. Flores de pluma. Clavel chino.



4. Flores de pluma. Claveles dobles. (Véanse los núms. 5 y 6).

ma palabra del amor sobre la tierra.

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ.

LÁGRIMAS.

(Conclusion).

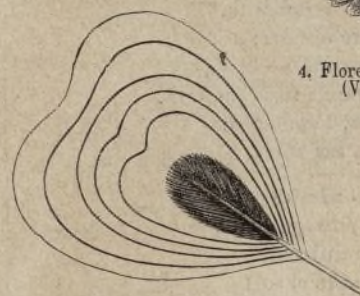
VII.

ciudad de perfecto amor; y si yo tuviese que definirla, no lo haría por su fin *extrínseco*, tan importante sin embargo, el cual es la procreación de los hijos, sino por su fin *intrínseco* y esencial, que consiste en la unión perfecta. Yo la definiría: "la más completa, la más íntima y la más santa de las uniones que puedan existir entre dos criaturas humanas." Tal es la unión conyugal. Así es también como muy especialmente la han comprendido Tertuliano y San Agustín. Y así es como la había definido el mismo derecho romano, superior en esto á las ideas y á las costumbres de la época: *Conjunctio maris et femine, consortium omnis vite, divini et humani juris communicatio.*—"La unión del hombre y de la mujer, la participación de toda la vida, la comunicación del derecho divino y humano." ¡Admirable definición que puede presentarse á todos nuestros escépticos y aun á muchos cristianos! El matrimonio no es tan solo una unión cualquiera del hombre y de la mujer, sino una participación de la vida entera; no es tan solo una comunidad de las cosas humanas, sino de las cosas divinas: *divini et humani iuris*.

Con esto se dice bastante que la unión conyugal presupone y encierra, superándolas, todas las demás uniones que pueden existir entre dos criaturas humanas. Empezad por la simple benevolencia que la mirada del hombre hace brillar en el ojo de su semejante, y remontaos por la larga cadena de las afecciones del corazón, hasta la más estrecha amistad, la que la felicidad y la desgracia han puesto á prueba alternativamente, y que ya no pueden romper ni la vida ni la muerte; y yo os digo: estos son escalones para llegar al amor conyugal; son ligaduras para preparar ese lazo que va á juntar á dos personas en una misma vida: *Consortium omnis vite*. El amor de los esposos tal como lo ha querido Dios, es la grande y perfecta amistad. Es la última flor, la flor más exquisita y pura, la más brillante y la más perfumada del paraíso del co-



7. Flores de pluma. Rosa doble. (Véanse los números 8 y 9).



8. Pétalos graduados para la rosa.

La respiración de ambos enamorados era cada vez más agitada, y diríase que pendiente de los labios de aquella casta virgen, estaba la vida de Eladio. El semblante de éste expresaba el temor y la duda.

Por fin, Melina, como saliendo de aquel éxtasis, ha fijado sus amorosos ojos en el joven amante, y le dice:

—¡Cuántas lágrimas derramaste por no haber creído en la virtud de tu amada!... El arrepentimiento cierra el abismo que nos separaba. Olvida tus penas y serás feliz. El cielo te perdona.

El noble joven, arrojándose trasportado de alegría á los pies de su amada, exclama:

—Melina! Me perdonas tú!

Melina llorando de placer y alargándole ambas manos, que él besa enagenado, le dice:

—Levanta, Eladio, no hables de perdón.

—Tan buena como hermosa! Pero Melina, le necesito; necesito tu perdón... yo procuraré soportar, te lo juro, el exceso de mi felicidad, Melina...

—Te perdono, Eladio, y te amaré siempre, le respondió la tierna doncella.

—Y yo también...

Antes de terminar la frase les sorprende la inesperada presencia de un nuevo personaje que aparece por entre los tapices de la habitación.

Cruzado de brazos, el rostro severo y la mirada penetrante é inquieta, parece como que quiere adivinar lo que allí pasa. Mas en el momento que sus ojos distinguen bien las facciones de la doncella, ha cambiado completamente su fisonomía, denotándose un doloroso afán, y á la vez tierno in-



10. Pintura en cristal para pupitre ó caja de pañuelos.

Ayuntamiento de Madrid



Pl. 206.

Stich u. Druck v. G. Brinckmann.

1119

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Prim 11, 3.

terés imposible de describir, y como interrogándola:
—Mi hija! Grita dando un paso hacia la infeliz.
—Padre mio! Ha exclamado Melina, cayendo á sus piés anegada en llanto.
—Perdon!... balbuceó Eladio con la mayor angustia.
Entre tanto Lucian miraba despavorido en derredor suyo.

VIII.

Ha pasado un año.
El padre de Melina, gravemente enfermo, gemía en su lecho.
No articulaba palabra alguna. Su enfermedad era terrible. Era el peso de los años!

Rodeaban su lecho con vivo afán nuestros dos enamorados, y en sus rostros macilentos por el llanto, denotábase el dolor profundo que embargaba aquellos tiernos corazones.
El médico, á corta distancia, platcaba en voz baja con Lucian en estos ó parecidos términos:
—Momentos hay, Lucian, en que su espíritu, más fortalecido y en dulce calma, pasa una y dos horas en apacible sueño, mas... no hay remedio; todo está perdido, no hay esperanza, Lucian. La ciencia no alcanza á más, y solo Dios puede con su bondad infinita mitigar sus dolores.

Esa dulce calma es precursora de otra que ha de ser eterna.
Haced que se retiren un momento Melina y Eladio, y llamad al sacerdote, única medicina que el enfermo necesita en estos momentos. Y acto continuo salió

de la estancia agitado y conmovido.

El enfermo tenía fijos los ojos en el techo, las manos cruzadas sobre el pecho, que se levantaba á impulsos del estertor, y á medida que este crecía se iban debilitando más y más los latidos de su corazón.

Lucian en vano trata de alejar de allí siquiera unos cortos instantes á aquellos tiernos amantes; inútiles son sus ruegos.

Un momento despues penetra en la habitación el sacerdote precedido de algunos parientes y amigos, viéndose en sus rostros dibujado el más profundo dolor.

El sacerdote era un anciano venerable, de blancos cabellos, de palabra dulce y consoladora: un verdadero ministro de Dios.

A las sentidas, pero consoladoras palabras del venerable anciano, el alma del enfermo parecía recibir del cielo inefable goce, que se reflejaba en su demacrado semblante, haciendo asomar á sus labios una plácida sonrisa.

Mas, ay! que las horas pasaban y se acercaba la hora suprema de su agonía. ¡Hora funesta para el que ve surgir en torno de su lecho las lívidas fantasmas del pasado!

Momentos supremos, cuyos arcanos nos está vedado penetrar! Momentos supremos, en

que el hombre batalla entre la vida y la muerte, entre el lodazal del mundo y la celestial morada del Eterno.

Lucian, tomando un candelabro, en el que ardía una

vela bendecida, la vela de las Candelas, aproximábala al enfermo, no tanto para ver sus facciones, en las que se dibujaban rápidamente las señales inequívocas de una muerte cierta, cuanto por dar luz á las páginas de un libro santo que leía en voz alta el sacerdote.

¡Momentos supremos, en que el alma huye veloz de la materia para entrar en el seno de los justos!

IX.

No debía tener nada grave de qué acusarse el enfermo, porque al hablarle el sacerdote de las bienaventuranzas celestiales, sus pupilas se iluminaban de júbilo, como buscando en las alturas las puertas de aquel sagrario eterno.

Mas luego la inquietud volvía á apoderarse de su espíritu, y otra vez giraban en derredor sus miradas con mayor zozobra. De repente todos sus miembros se contraen ligeramente, y aquel cuerpo inerte toma una reacción que sorprende á todos los circunstantes. Su garganta ha dejado escapar

un inarticulado grito, y de sus ojos un raudal de lágrimas. Incorporándose, aunque penosamente en el lecho, con voz apenas perceptible, exclama:
—¡Gracias os doy, padre mio, por vuestras consoladoras palabras, por vuestros sanos consejos... ay!

Por fin el cielo abre sus anchurosas puertas á esta alma pecadora... para que encuentre allí el reposo apetecido...

Hijos míos! prosigue con dulce acento, dirigiendo su vista ya un tanto extraviada á los dos jóvenes.

—Venid, hijos, venid!... ¡llega la hora

de abandonar la misera humanidad, y trocar las amarguras terrenales por las celestes é inmortales, que llenan el alma toda de inmensa felicidad!

Venid!..

Melina y Eladio se precipitan hacia el lecho, cayendo arrojados á uno y otro lado del sacerdote. El llanto les ahoga.

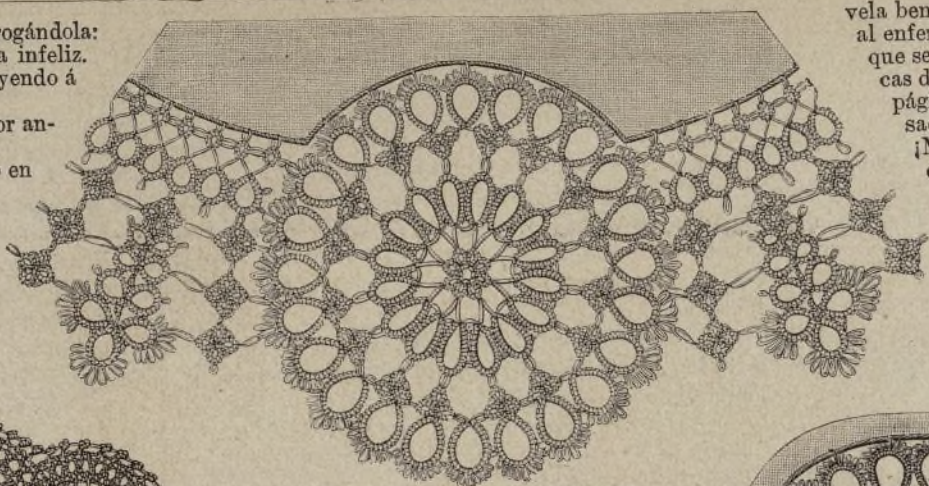
Un religioso silencio embargaba á todos, durante el cual el sacerdote, á la cabecera del enfermo murmuraba tiernas exhortaciones.

El padre de Melina, repuesto un poco, continuó:
—Tengo fé, hijos queridos, de que un día nos reuniremos en la mansion eterna, donde es todo paz y ventura, donde la balanza de la justicia nos hace á todos iguales, así al potentado como al más humilde pordiosero. ¡Ay de mí!

Melina, Eladio, oid, oid todos. Aun no he cumplido la última voluntad de tu padre, Eladio, que al nombrarme tu tutor, me dejó confiado el difícil encargo de hacerte bueno y dichoso. Procuré darte una esmerada educación, y te amé como si hubieras sido mi propio hijo. Debías serlo en efecto. Tu padre, que adoraba á Melina, puso por cláusula expresa en su testamento que no disfrutarias más que de la mitad de tu fortuna hasta que no contrajerás lazo matrimonial con ella...

Qué se oponía á vuestra felicidad? Nada! Os amábais.

Mi esposa y yo os profesábamos entrañable cariño, y anhelábamos daros el dulce nombre de hijos; pero una noche mi esposa estaba enferma, acaso del co-



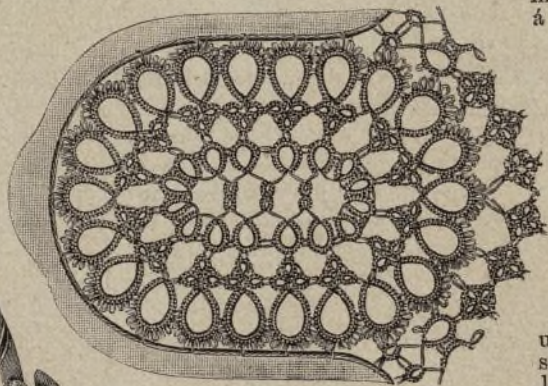
11. Cenefa de frivolité para el pañuelo números 12 á 14.



15. Medallon de encaje irlandés.



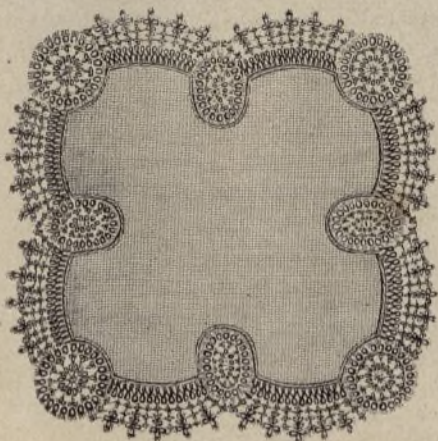
16. Canastilla adornada de encaje irlandés.



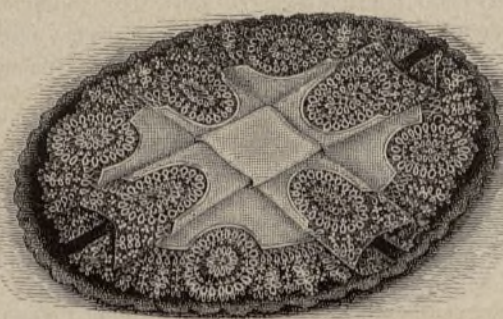
14. Medallon de frivolité para el pañuelo número 12.



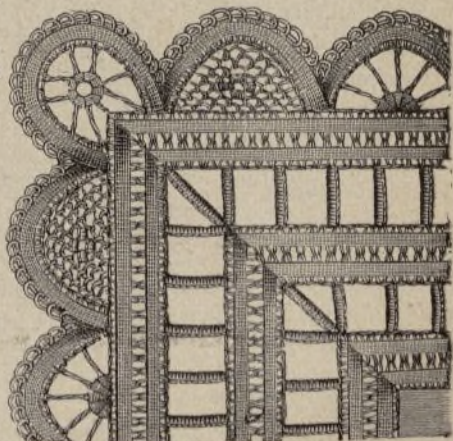
17. Angulo para pañuelo. Encaje irlandés.



12. Pañuelo adornado de frivolité. (Véanse los núms. 11 á 14).



13. Pañuelo con cenefa de frivolité, doblado sobre transparente de color.



18. Encaje irlandés para la corbata núm. 19.

razon solo, y... la noticia imprudente quizá de que su hija querida abandonaba el hogar doméstico en pos de su amante...

—Perdon, padre mio! Exclamaron á la vez y en la mayor angustia los tiernos amantes.

Y un silencio sepulcral sucedió á estas sentidas exclamaciones.

El sacerdote en el altar que se alzaba en el centro de estancia meditaba con el mayor fervor las oraciones, encomendando al cielo el alma de aquel justo. Solo una persona parecia poseida de terror y espanto: acurrucada en un ángulo del aposento ocultaba con sus manos el rostro de la vista de los demás.

Era Lucian.

El enfermo, tomando aliento, continuó:

—La ausencia de su querida hija aceleró sus dias, succumbiendo, no tanto al peso de los años, como á la sorpresa y á la fuerza del dolor.

Un antiguo sirviente querido y respetado de todos, á quien tú habias prometido una crecida suma el dia en que te casaras con Melina, movido por el interés, queriendo que se efectuase á todo trance la boda, indujo á una casta y virtuosa doncella á que diera un paso imprudente, comprometió su honor y el reposo de una triste enferma...

—Perdon, señor! Tened piedad de este miserable!... Interrumpió Lucian.

Todas las miradas se fijaron en él; por todas partes se elevaron murmullos de sorpresa é indignacion.

Entonces el infeliz cayó de rodillas en medio de la estancia, implorando el perdon ora al santo sacerdote, ora al enfermo. Este continuó:

—¿No sabias, desgraciado, que el honor de una doncella es como un terso cristal que se empaña con el más leve soplo? ¿No sabias que ibas á cubrir de baldon nuestras canas venerables? Sin embargo, te perdono, y anhele que tu sincero arrepentimiento borre tu culpa á los ojos del Eterno!...

Y el placer de perdonar comunicó á su semblante una expresion inefable.

—Ay de mí, fuerzas, Dios mio!... Prosiguió. Desde entonces quise que estuvieseis separados, tanto porque las lágrimas y los sufrimientos depurasen vuestra leve falta, cuanto porque mi conciencia de hombre honrado necesitaba adquirir la plena y completa certidumbre de que vuestro amor era una verdad, que es puro como los ardorosos rayos del sol, apartando así la más leve nubecilla que pudiera mancillar vuestra virtud, que ha de estar siempre por cima de todas las cosas; era preciso, hijos míos, que estuviera yo convencido de que os amábais, de que érais dignos uno de otro; Dios me ha concedido esta felicidad, pues he adquirido esta certeza en mis últimos momentos...

El cielo os haga felices, y os de muchos hijos para que los guíeis por el camino de la virtud y los enseñéis á amar, y unidas las razas unas á otras vereis una gran verdad.

Todos hermanos.

Venid, pues, hijos míos; venid, hermanos todos; el sacerdote os espera, y el cielo por medio de su santo ministerio bendecirá vuestra union.

Y fijos todos la mirada en el anciano sacerdote y como pendiente de sus labios una solucion á aquella escena por demás dolorosa y tierna, enjugando el llanto que corría por sus mejillas, rodearon el lecho.

Un gentío inmenso invadía la habitacion.

Entonces el sacerdote, con la mayor humildad y cristiano recogimiento, elevando al cielo sus fervorosas oraciones, ha estendido los brazos sobre la cabeza de los dos tiernos amantes, y terminadas aquellas dulces palabras que unen dos seres en uno... les dice: Sed buenos esposos, y el cielo, siempre justo, constantemente os sonreirá si á vuestros hijos los enseñais á recorrer el camino de la virtud.

—Recibid mi bendicion, hijos míos!... Ha exclamado el padre de Melina, dejando escapar un dulce suspiro, y cayó inerte sobre el lecho.

Era cadáver!

Melina y Eladio yacian desmayados y medio tendidos en el lecho del enfermo.

No lloraban.

Gemian dos almas!

X.

Amad, sí, hijas del alma!... pero jamás, por ningún concepto, dejéis de consultar aún los más sencillos pensamientos ántes de ponerlos en práctica con vuestros padres y tutores, y á falta de estos con aquellos que por su edad y experiencia y por sus virtudes, son siempre dignos de veneracion y respeto.

Un mes despues, la calma habia vuelto á nuestros jóvenes esposos, si bien en sus rostros macilentos se veia dibujado el más acerbo dolor.

Todos los dias al rayar el alba descendian por una alegre pradera sembrada de florecillas olorosas al panten de sus mayores, y allí, sobre la tumba de sus padres, vertian lágrimas...

Era un tributo de amor y respeto que Melina y Eladio rendian á aquellos á quienes debieron el ser.

Amad, sí, niñas queridas, porque Dios nos hizo para amar; empero una imprudencia, debida las más de las veces á los pocos años ó á pérdidas consejeros, puede causar la muerte de vuestros padres y con ella vuestra ruina.

Ah, queridos padres! ¡Muralla inespugnable que se eleva imponente, magestuosa ante vuestra inocencia, librándola de los rigores de la suerte!

FRANCISCO GUERRERO Y GARCÍA.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuacion).

¡Ah, no compadezcáis al moribundo en la hora suprema de la muerte, porque su alma, inundada ya de luz, ve lo que deja y lo que va á encontrar en los sitios á donde se dirige; compadece á los que le rodean, que adheridos á la tierra por los lazos materiales, contemplan la acerba separacion bajo el prisma de su estrecho criterio, y solo piensan en la marmórea palidez del cadáver, en sus pupilas inertes, en sus labios cárdenos, en su corazón sin ecos.

Desdichados!

Antes que llegara á oídos de las tres mujeres la voz consoladora del médico, llegó el sonoro tañido de la campanilla de plata, que anunciaba la visita del que es Rey de los reyes.

Raimunda soltó un grito de espanto y desesperacion. Su alma, aunque cristiana, se sublevaba contra la idea de ver morir al ser que formaba parte de su propia vida.

Hay sin embargo algo de tan santo en la presencia de un sacerdote, que su sombría desesperacion se mitigó al verle franquear los umbrales de su casa, seguido de las piadosas mujeres del vecindario, que traian luces encendidas.

El sacerdote se acercó á la cama y recibió la brevísima confesion del moribundo. ¿Qué podia tener que decir aquella alma cándida, que habia vivido en el mundo como el lirio de los valles, sin contaminar su blancura con el limo de la tierra? ¿Qué podia tener que decir aquel espíritu inocente, que solo habia pensado en el bien, que solo habia esparcido el bien en torno suyo?

Cuando el sacerdote se disponia ya á darle la comunión, resonó en la calle el ruido de algunos coches.

—Los médicos! los médicos! gritó Raimunda, enderezándose como movida por un resorte.

Los veia sin duda con los ojos del alma, porque Pablo hacia un instante que habia vuelto, y habia vuelto solo.

Pero los médicos entraron efectivamente precedidos por Ricardo.

Eran tres: dos ancianos y un joven. ¡Ay, los tres así que fijaron los ojos en el moribundo, se retiraron: ¡nada tenian que hacer allí! ¡Dios queria á aquella alma para que adornase su sagrario, y era impotente su ciencia para retenerla aprisionada en su cárcel de barro!

Detrás de ellos se presentó el médico de la beneficencia, y como ellos, se retiró triste y cabizbajo.

Entonces todos se prosternaron, y el moribundo recibió con evangélica union los divinos sacramentos.

Y como si aquel celeste manjar espiritual lo hubiese reanimado, llamó sonriendo á Pablo, Raimunda y Marta, y los bendijo.

—Hijo mio, le dijo á Pablo estrechando débilmente su mano, te lego por única herencia á tu anciana tia. Cuida de ella, haz agradables sus últimos años, que Dios te lo premiará en el cielo. En cuanto á la cajita confiada á mi lealtad, escucha:

Inclinóse Pablo, aplicó el moribundo los labios á su oído, y pronunció en voz baja algunas palabras, ininteligibles para los circunstantes.

—Y ahora me voy, repuso, cuando hubo terminado su revelacion, me voy contento, porque confio en la bondad del que es padre amoroso de todas sus criaturas...

Se recostó apaciblemente sobre la almohada, y fijó sus ojos en el techo, como si buscase al través de su tosco maderaje la espléndida bóveda del cielo.

Despues exhaló un suspiro...

Fué el último!

El alma habia vencido al cuerpo de barro; el alma habia partido gozosa á reunirse con su Criador divino...

Pero cuando los circunstantes se convencieron de que habia cesado de vivir en la tierra, no exhalaban ya su dolor con lágrimas ni con quejas...

Las últimas palabras del moribundo habian dejado en el aposento como un dulce perfume de santidad y resignacion cristiana, que cicatrizaba las heridas de aquellos ulcerados corazones.

Pablo, Raimunda y Marta se arrodillaron en torno del lecho mortuorio, y acompañaron al alma querida, que se remontaba de sol en sol hasta el sagrario del Eterno, con sus preces amorosas...

Y así pasaron la noche, y así los sorprendió la aurora...

—Vive aquí un repartidor que se llama Ricardo? preguntó una voz desde la puerta, turbando el recogimiento de aquel solemne instante.

—Es V. el dueño de la cartera que he encontrado? preguntó Ricardo adelantándose vivamente hacia el recién llegado. ¡Jesus, hombre, cuánto he corrido ayer por encontrarle á V.! Qué señas tiene la cartera?

—Encarnada con broches de oro.

—¿Qué contenia?

—Veinte mil reales en billetes.

Ricardo sacó de su pecho la cartera y se la entregó á su dueño.

¡Poseia veinte mil reales, que hubiera podido apropiarse, y habia vendido su pájaro querido para socorrer la desventura aiena!

Aquel á quien acababa de hacer tan señalado servicio, le tendió una moneda de oro.

—Por qué dijo el repartidor con admirable sencillez, no era de V. el dinero?

El desconocido le dió las gracias y se alejó.

—Oiga V., repuso tímidamente Ricardo: he pagado catorce reales para que pusieran el anuncio en *La Correspondencia*...

—Es muy justo que sea yo quien los pague, dijo el desconocido.

Sacó los catorce reales del bolsillo, y como Ricardo confuso y avergonzado por su peticion, permaneciese inmóvil en la parte de adentro de la puerta, se adelantó para dárselos, y fijó los ojos en los personajes tristes y abatidos que rodeaban el lecho del difunto.

Sus ojos se encontraron con los de Marta.

Marta y él hicieron un movimiento de sorpresa.

Se habian reconocido! Aquel hombre era Simeon!

VI.

LA CORONA FÚNEBRE.

Eran las ocho de la mañana, y pájaros, ecos y brisas, todavia no se habian cansado de elevar á Dios su himno de amor, de alegría y de esperanza.

Es que era imposible que la naturaleza tuviese una mañana más espléndida que aquella, ni que nunca hubiese desplegado tan bellos atractivos. Los árboles, regados por una benéfica lluvia, mostraban sus renuevos aterciopelados y relucientes, el musgo ofrecia á la vista vastos campos de esmeraldas, entre las cuales asomaban su corola escasas pero graciosas florecitas blancas, azules y amarillas, ó se escondian las perfumadas violetas, precursoras de la alegre primavera. Las ondas de los arroyos saltaban de guija en guija, y cada una reflejaba la bóveda del cielo, uniendo su grato murmurio á los suspiros de la brisa, que habia dejado de ser ciego, sin convertirse todavia en céfiro. Las aves iban preparando aquí y allí su nido, suspendiéndolo los unos de las ya floridas ramas de los almendros, escondiéndolo los otros en las grietas de la tierra: estas volaban á humedecer sus alas en las fuentes, aquellas á buscar polvo en los senderos, mientras el mirlo, heraldo de la estacion risueña, daba al aire sus trinos melodiosos.

La campiña estaba llena de charquitos de agua detenida por las matas y las piedras, y cada charquito parecia un diamante iluminado por los rayos del sol, que como un globo de fuego se elevaba en el espacio.

Los insectos, que acababan de abandonar su blanca túnica de crisálidas, revoloteaban en derredor con vuelo incierto, ó se arrastraban penosamente, codiciosos de llegar los unos á la flor apenas entreabierto, los otros á las raíces del árbol centenario que esconde su copa entre las nubes.

¿No es Mayo el mes florido, el mes amado de los poetas?

Y sin embargo, más encanto, más misterioso atractivo ostenta á mis ojos Febrero con sus crepúsculos cada vez más prolongados, con sus cierzos disfrazados de brisa, con sus torrentes formados por las lluvias del invierno, y que cada dia van disminuyendo uno de sus hilos de plata, para convertirse en arroyuelos, con sus árboles cubiertos de botones que se esconden entre las nacientes hojas, con las tímidas modulaciones de las aves, que ensayan sus himnos de esponsales.

Mayo es la estatua desnuda ostentando todos los primores con que el artífice ha sabido embellecerla; Febrero es la misma estatua, pero cubierta aún con triples ve-

los: velos ligeros, que se alzan al menor contacto del céfiro y dejan en descubierto ya un pié, ya una mano, ya un detalle cualquiera, que hace adivinar por su belleza la belleza del conjunto.

Mayo es el placer que se goza, Febrero el placer que se codicia; el primero nos satisface, pero dejándonos ya entrever las cortadas mieses del estío, las hojas amarillentas del otoño, los hielos del invierno; el segundo nos promete goces misteriosos, cuyos límites se pierden en lo infinito: Mayo se corona de rosas, Febrero de violetas; en una palabra: Mayo es la realidad, Febrero la esperanza. Corazon del hombre, ¿no es más bella que el goce la esperanza?

Hé aquí por qué yo prefiero ese mes risueño, que sacude presuroso el sudario del invierno, que al avanzar en su carrera, hace brotar bajo sus piés las florecillas y aleja las negras sombras. ¡Amo en él la vida que renace, el amor que germina, la esperanza que florece!

A esa hora, llena de encantos y poesía, dos mujeres bordeaban las orillas deliciosas del canal, dirigiéndose á Madrid con paso presuroso.

Acababan de trasponer los umbrales de un anchuroso edificio, cuyas blancas paredes descollaban entre las ramas de los árboles.

No lejos del edificio, que era una fábrica de curtidos, se veían algunas casuchas miserables, agrupadas sin orden, y que estaban destinadas sin duda para habitación de los operarios.

Aquellas dos mujeres hollaban con ligera planta el verde musgo, y aspiraban con visible éxtasis el aire fresco de la mañana.

Una de ellas era Marta, la otra Catalina. Ambas iban decentemente vestidas, según sus clases respectivas, y parecía que la suerte las había brindado con sus dones.

Así era en efecto. La caritativa Clotilde, al ir á buscar su guinalda de rosas blancas al día siguiente de aquel en que había rendido el alma D. Eusebio, presenció el triste cuadro que ofrecían los individuos de su familia, sumidos en un dolor profundo y verdadero; vió su aflictiva situación, comprendió su absoluto desamparo, y fiel á su sistema de no limitar su caridad al beneficio de un día, después de haber socorrido las necesidades perentorias y haberse encargado del entierro del difunto, proporcionó á Páblo que entrase de mayordomo en aquella fábrica de curtidos, perteneciente á un antiguo amigo suyo.

El mayordomo, además de unos honorarios decentes, tenía habitación gratuita en la misma fábrica; y con esto, y con haber proporcionado á Marta trabajo en casa de una florista, su posición, aunque modesta, era ya muy desahogada.

Casi idéntico origen, aunque debido á una buena acción, había mejorado la suerte de Catalina.

Aquel travieso pajarillo, único en su especie, según opinaba Ricardo, había sido el mágico que había trocado en apacible su azarosa vida.

En la noche memorable en que Ricardo se dirigió á casa de Clotilde para vender á su mejor amigo, ésta, que acababa de regresar del teatro, notó su emoción y adivinó que se imponía un doloroso sacrificio.

Compró, no obstante, á Pipi en una suma bastante respetable, creyendo subvenir de este modo á una necesidad urgente; pero proponiéndose inquirir más tarde si había sido la codicia ó la pobreza lo que había impulsado al repartidor á desprenderse de su pájaro querido.

Era tan hermoso Pipi, era tan espléndido y raro su plumaje, que tal vez Clotilde se hubiera aficionado á él y se hubiera dado por satisfecha con poseerle, si el mismo Pipi no hubiese justificado la opinión en que le tenía su amo, demostrando que, además de bello é inteligente, era un pájaro fiel y agradecido.

Al hallarse en una jaula extraña, si bien era dorada, al hallarse en otro aposento, aunque era mucho más lujoso, empezó á llorar y á gemir con tal descosuelo, que daba lástima el oírlo. No se pudo conseguir que hablase, no se pudo conseguir que hiciese ostentación de ninguna de sus gracias. Con las alas caídas, caída la pomposa cola, los ojos entrecerrados, pasaba horas y horas inmóvil y gimiendo.

En vano le llenaban el comedero de cuantas golosinas pudieran serle agradables, ni comía, ni bebía, ni se alegraba.

Pasáronse algunos días. Pipi estaba desconocido, Pipi iba á morir mártir de su adhesión, que también los pajarillos saben dar ejemplo al hombre de fidelidad y cariño.

Un día Clotilde, desesperada, mandó á un criado que cogiese la dorada jaula y la siguiese.

¿Es acaso posible expresar con palabras la alegría de Pipi cuando se halló en su casa, cuando pudo volar de Ricardo á los niños, de los niños á Catalina? ¿Es posible expresar con palabras la alegría del honrado repartidor al recobrar á su amigo?

¡Oh, entonces si que Pipi desplegó todas sus gracias á

los ojos de Clotilde! ¡Oh, entonces si que prorumpió en una charla interminable, mezclada con gritos de alborozo!

Subía, bajaba y revoloteaba aquí y allá, como si quisiese reconocer todos los muebles y asegurarse de que estaba en su propia casa.

Clotilde permaneció largo tiempo presenciando esta escena conmovedora, y de una pregunta en otra, arrancó al sencillo Ricardo el secreto de su sacrificio.

—Yo poseo una casita de campo á orillas del canal, le dijo entonces, y voy buscando hace tiempo un honrado matrimonio que cuide de ella mientras yo permanezco en la corte. Tendrán VV., si aceptan ese cargo, una habitación linda y ventilada en el jardín, y unos modestos pero seguros honorarios. No conviene á su salud de V., harto quebrantada, buen Ricardo, la vida fatigosa de repartidor, y Catalina podrá entregarse con mayor sosiego á sus labores de aguja. Tendremos además otra ventaja, y es que ni VV. ni nosotros nos separaremos de Pipi, que quedará propiedad de ambas familias.

Ocho días después, Catalina se instalaba en su nueva habitación, que parecía una tacita de plata, según ella decía.

En efecto, había fregado el suelo, había blanqueado las paredes, y para trasladarse allí había lavado y planchado sus cortinas blancas, la blanca colcha de la cama, la cubierta del colchoncillo que servía de asiento al sofá, y limpiado escrupulosamente el espejo, los cuadros y los floreros.

Cuando todo estuvo dispuesto, llevó en triunfo la jaula de Pipi y la colgó junto á la ventana, para que pudiese regocijarse con la vista de los árboles del jardín y con el canto de los pájaros.

Seis años habían trascurrido desde estos sucesos. Seis años hacía ya que Catalina habitaba en aquel delicioso paraíso, y ponía el colmo á su ventura el que su ama, aprovechando los buenos días de Febrero, hubiese ido á pasar una temporada en su casita de campo con su hijo, porque para su corazón agradecido, era una verdadera fiesta el poder servir y complacer á sus bienhechores.

Para mayor felicidad, la casa de campo solo distaba cien pasos de la fábrica en donde habitaban sus antiguos vecinos, y con esto podían continuar en su amistoso trato.

A la sazón se había juntado con Marta, porque ambas iban á casa del dueño de la fábrica; Catalina á llevarle un recado de su ama, y Marta á entregar una corona fúnebre que había hecho para su hija.

—Vea V., dijo de improviso la mujer de Ricardo, dirigiéndose á la joven y señalándola un cercano grupo de árboles. ¡Ahí está ya pintando D. Gabriel; su cuadro es interminable!

Marta se puso encendida, y aun más aumentó su turbación, cuando el pintor, abandonando precipitadamente el caballete, se adelantó hacia ella.

Venía muy resuelto, y se detuvo á algunos pasos de distancia, turbado, confuso, conmovido.

Era un bello joven, alto, rubio, de figura esbelta y modales distinguidos.

Marta quiso dirigirle la palabra, y tampoco supo qué decir.

Catalina tuvo compasión de ambos, y dijo sonriendo con aire malicioso.

—Qué hermosa mañana, no es verdad, señorito?

—Oh, sí! respondió el joven acercándose lleno de entusiasmo. El alma se siente renacer al par que la naturaleza, y torrentes de vida se derraman por las venas! ¡Quién pudiera trasladar al lienzo todo lo que concibe la mente, todo lo que siente el corazón! Pero no: el pincel no puede grabar en esa tela la imagen de lo infinito que se refleja en mi alma, y más de una vez esta mañana, desalentado y pesaroso, lo he arrojado lejos de mí, porque es incapaz de bosquejar el ideal que acaricia mi ardiente fantasía.

—Y su señora madre de V? preguntó tímidamente Marta.

El joven se turbó. Aquella pregunta, casi indiferente, parecía haberse hecho propósito para detener el vuelo de su entusiasmo, que acaso hubiera podido conducirle demasiado lejos.

Fijó en ella sus ojos azules y melancólicos con expresión de reproche, y tardó algunos minutos en responder.

(Se continuará.)

REVISTA QUINCENAL.

Poco podemos decir á nuestras bellas lectoras en esta sección, á causa de las circunstancias tan especiales como desgraciadas porque venimos atravesando, y que aun-

que de interés general, puesto que son desgracias de la patria y á todos nos afectan, la índole de nuestro periódico nos lo impediría, y no es tampoco nuestro propósito hablar de las luchas políticas, sino para hacer votos fervientes á la divina Providencia para que estas cesen, y los días de luto se vean pronto convertidos en años de paz y prosperidad, de que tan ansiosa está la patria del Cid y de tantos y tantos héroes como aquí han tenido la honra de saludar la luz del día.

Una circunstancia, sin embargo, nos hace ocuparnos de la fratricida lucha que asola una parte de nuestro hermoso país; la guerra actual ha puesto de manifiesto una vez más ante la faz del mundo los sentimientos de la mujer española que, agena completamente á las luchas políticas, remedia, en cuanto está á su alcance, los horribles males por las disensiones producidos. Desde las más elevadas damas de nuestra aristocracia hasta la mujer más humilde del pueblo, todas, con cuantos medios la imaginación les sugiere, llevan el ánimo y el consuelo á los desgraciados que sufren las consecuencias de los enconos políticos.

No queremos citar nombres, no queremos herir la exagerada modestia de tantas y tantas familias cuyos sentimientos humanitarios son por todos ensalzados, por más que ellas traten de encubrirlos, si bien inútilmente, puesto que el pueblo español, siempre agradecido á los favores que se le prodigan, hace correr por todas partes los nombres de sus protectoras, con la fama proverbial de su caridad evangélica. Las damas de la aristocracia, que en algunos países del mundo, aun en los más civilizados, pudieran rehuir el mezclarse en los horrores de la guerra, tienen un ejemplo en las de nuestra aristocracia, algunas de cuyas señoras buscan el peligro entre los heridos con la insignia de nuestra religión por lema; otras, acaso desprendiéndose de sus galas, acuden con cuantiosos recursos á hacer más llevadera la suerte de los desgraciados; otras, como una ilustre señora de todo el mundo conocida por sus virtudes, costean ambulancias y trenes para el transporte de los heridos, y otras emplean su fortuna en cuanto necesario es á las víctimas de la guerra.

Lo decimos y lo decimos con orgullo, así emplea el dinero nuestra aristocracia, así sus ilustres damas reciben del pueblo el cariñoso respeto á que son acreedoras. ¡Quiera la Providencia multiplicar sus favores y sus bendiciones sobre las madres de los desgraciados! ¡Que Él premie sus bondadosos sentimientos!

Y al hablar de las señoras, hacemos extensiva nuestra justicia á sus esposos, á sus hijos, á sus familias, en fin, que coadyuvan con sus esfuerzos y se complacen y honran en unirse para tan humanitarios fines. Nosotros lo hemos visto, nosotros hemos visto en esta Semana Santa individuos de uno y otro sexo enorgullecerse con pedir para los desgraciados á las puertas de los templos, y las lágrimas del enternecimiento y la gratitud se han deslizado por nuestras mejillas, porque podemos decir á todas las Naciones cuál es el sentimiento de nuestros ilustres compatriotas, y á nuestro pueblo quiénes son los verdaderos padres de la patria.

En esta Semana Santa ha habido la animación de costumbre en tales días, pero no el lujo de los años anteriores. ¡No habla esto muy alto en favor de la aristocracia y pueblo español?

Terminados estos días de luto para el pueblo cristiano, las distracciones han vuelto, puesto que nada más necesario que después del trabajo de un día vayamos á distraer el ánimo un momento; pero aún en estas mismas distracciones el pueblo madrileño ha encontrado algo que sea útil á la Nación y á los desgraciados. Al efecto, no han escaseado en los espectáculos públicos las funciones dadas á beneficio de los heridos en campaña, que con un lujo digno de tan buenos propósitos han preparado las empresas, y con tanta filantropía han coadyuvado todas las clases de la sociedad. Las temporadas de los teatros de invierno tocan ya á su término, y preciso es hacer justicia á sus despedidas que dejan un grato recuerdo y un sentimiento de que tan agradables veladas vayan á terminar, si bien confiamos que no se harán esperar los espectáculos veraniegos, ya que la desgracia en que yace sumergido el país, impida á ciertas familias acudir á nuestras provincias del Norte á admirar en la estación de los baños el magnífico espectáculo del Océano, con que admiramos una vez más el poderío de la Providencia, si bien abrigamos la confianza de que pueda transitarse libremente para la segunda temporada.

En nuestra próxima Revista seremos más explícitos, despidiéndonos por hoy de nuestras amables lectoras.

BERNARDO APARICIO.



20. Sombrero con pluma.

das clases, sombreros, trousseaux, etc., dirigida por doña Pilar de Lanuza, calle de Claudio Coello, núm. 24, bajo, izquierda.

Esta casa, que se dedica principalmente a la confección de trajes y lencería, ofrece sus servicios a las señoras suscriptoras al CORREO DE LA MODA, tanto de Madrid como de provincias, en todo lo concerniente a dichos ramos, en la seguridad de que complacerá con esmero y puntualidad en cuantos encargos se la confíen.

ROCA SONORA.

En un lugar denominado Barro-branco, distante lengua y media de Río-Janeiro y casi en la base del gigantesco *Itatiapua*, hay una enorme roca de granito tímpanico, que atrae la atención de las personas curiosas. Es tan sonora, que tocándola con un cuerpo de cualquier naturaleza, produce un sonido semejante al de una campana, oyéndose claramente conforme la vibración, de 1.000 á 1.500 metros de distancia. El todo de la roca tiene la forma de un triángulo un poco abierto por su base. En una de sus faces hay una especie de concavidad que forma un sofá como para sentarse cómodamente cuatro personas. Está esculpida de juguetes y toscos relieves que le dan un aspecto curioso é interesante; lo más notable aún es que conforme el lugar que se toca produce diferentes sonidos, agudos ó afinados.

VARIEDADES.
SORTEO DE ALHAJAS.

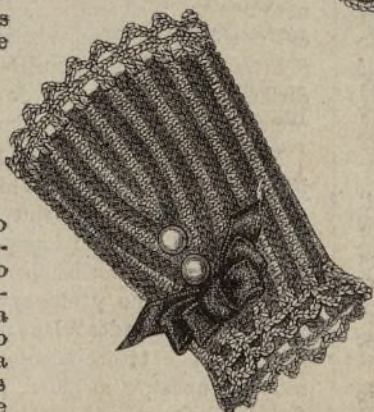
Nuestras amables suscriptoras recordarán haber leído en el número de nuestro semanario correspondiente al 10 de Marzo, una ligera descripción de un aderezo de perlas y una sortija con un solitario, que se sorteará en la última quincena del mes de Mayo; pues bien, agotados los primeros billetes que recibimos para su espendición, no pudimos remitirlos á su debido tiempo á todas las señoras que los habían pedido.

Hoy, recibida una nueva remesa, nos apresuramos á hacerlo, advirtiéndolo á las que gusten tomar algunos, que se hallan de venta en esta Administración, al precio de 4 reales cada billete de cinco números. El número agraciado se publicará en EL CORREO.

**

CASA
DE COMISION.

(Barrio de Salamanca).
Modas, objetos de lujo, confección de trajes de todas



23. Manguito de punto.



19. Cuello y corbata de encaje irlandés. (Véase el núm. 18).



22. Corbata bordada de aplicación.



24. Zapatilla de punto para dormir.

Está inmediata á un lago próximo á un pequeño riachuelo.

LA SOMBRERA

DEL MANZANILLO.
El Dr. Karrsten ha estudiado recientemente la influencia venenosa del *hippomane mancenilla*. Habiendo permanecido varias

horas bajo uno de estos árboles, empezó á experimentar en toda la superficie de su cuerpo una sensación de quemadura, que se fué concentrando poco después á varios puntos, sobre todo á la superficie y al rededor de los ojos. Al cabo de algun tiempo sus párpados se entumecieron hasta el

punto de no poder abrir los ojos, y se desarrolló tal fotofobia durante algunos días, que hubo de permanecer en una habitación completamente oscura, en la cual todavía se encontraba muy molesto. A los tres días disminuyó la tumefacción y el epidermis comenzó á descamarse. Estos fenómenos se han atribuido á las emanaciones del vegetal en cuestión.



21. Sombrero con flores.

Explicacion del Figurin 1119.

FIG. 1.^a—Traje de faya de tres tonos de un mismo color.—El modelo es azul medio para la falda, la túnica y la chaqueta, muy oscuro para las bandas que rodean la túnica, y muy claro para los bieses. Su hechura es muy nueva; el delantero lleva por abajo tres volantes tableados; por atrás figura manto orillado con tres bandas de faya azul oscuro, realizadas con bieses claros; la túnica se junta atrás con un lazo de grandes caídas, sujeto con una hebilla azul esmaltada. La chaqueta, de aldetas plegadas por atrás y cuello alto y hueco, lleva un lazo á la espalda. Le completan camiseta-gola y mangas de encaje. Peineta azul en el peinado y una flor.

FIG. 2.^a—Traje para sociedad.—Es de tarlatana y crespón de china color de carne, adornado con bieses y

lazos azules y ramos de rosas. La falda, caprichosamente dispuesta, es de tarlatana blanca, sujetos los bullones y volantes con bieses azules y lazos azules en el centro del delantero; el cuerpo y la túnica es de crespón de China color de carne, adornado con volantes de tarlatana, bieses azules y ramos de rosas. La graciosa berta que adorna el cuerpo escotado, se compone de una tira de crespón, orillada por dos volantes de tarlatana, y en el centro guirnalda de hojas con ramos de rosas en el hombro y en el pecho. El volante de la berta sube en gola plegada por atrás y forma manguita corta. Grupo de rosas en el cabello.



26. Cenefa de aplicación para portiers y sillerías.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.